

Victorio Sylva

—

Guacho

NARRATIVA ORIGINAL



BUENOS AIRES

LIBRAIRIE DE JOSEPH ESCARY,

619 — VICTORIA — 619

1895

GUACHO



Los hijos de don Juan bajaron del carruaje y se acercaron al patio. Bencelau tuvo tiempo de esconderse debajo del carro que asentado estaba cerca de la cocina. Dieron vuelta en contorno y le sorprendieron con las piernas cruzadas, una mano en el vacío y asida la otra de un montón de torzales que caían de lo alto de las

varas. A dos pasos estaba su perro blanco, el Barbucho, echado de barriga como una esfinge y avizorando al campo con sus yertas orejitas. Los dos niños eran rubios, y ella, una negruzquilla, de ojos redondos, labios delgados y nariz encorvada; enfermiza y recelosa. Su edad variaría entre los once y los doce años. Tenía puesto un vestido muy corto y un sombrero negro con plumas encarnadas. Los chicos andaban á la marinera, de azul y blanco, con gorrillas de hule pendientes de la espalda, y los pies oprimidos entre lujosas botitas de charol; uno de ellos enseñaba las formas por la maneca entreabierta y sus pantalones le resbalaban de las

caderas. El mayor masticaba muy despacio, con trabajo y á dos carrillos, agitando á la vez sus manitas melosas de caramelo. Ben-celau estaba en mangas de una camisa hecha girones, descalzo, arrollado hasta por sobre la rodilla el terroso calzoncillo; un chiripá muy viejo, de algodón, le cubría hasta las corvas; caía el pelo, tocándole los hombros, en espesísimos mechones. La niña le miró de alto á bajo, y sonriendo luego habló un buen rato al oído de sus hermanos. El mayorcito se escarbaba las narices y le vichó á hurtadillas. El más pequeño se le acercó entonces para decirle:

— ¿ Por qué estás descalzo ?

Permaneció en silencio, bajó

los ojos y se puso á jugar con la manija de las bolas de avestruz que le rodeaban la cintura.

— ¿Por qué andás descalzo? repreguntó. ¿Cómo te llamás?

— Bencelau, respondió con esa voz chillona y de nasardo, hija legítima de la llanura, pues en su vasta superficie la naturaleza pulsa con preferencia las notas altas de su teclado; los graznidos del chajá solitario y el alear fresco de la marçjada en la laguna... los mismos broncos mujidos del toro llegan como una queja uniforme y callada en sus compases. Sólo el ¡vuh! vuh! vuh! de la cigüeña que pasa rasando la tierra da se á entender con voces roncadas y tonantes... ¡Ah! me olvidaba del

fragoso redoblar de la borrasca y los golpes secos del mar reventando sus olas en la playa.

— ¿Bencelau? interrogó á su vez la alpargatilla clavándole su mirada negra, fija y altanera. ¿Bencelau? ¿Bencelau? Mirá, che Luciano, éste ni su nombre sabe!... Vos no te llamáis Bencelau. Bencelau no es nombre, no hay nadie que se llame Bencelau. Vos sois Wenceslao.

— Sise, Wencelao.

— Wenceslao ¡guarango! Wenceslao... Y... ¿qué más? debés tener apellido.

• — ¿Qué heso?

— Mirá, che, éste ni sabe lo que es apellido... Mirá, che Luciano, mirá, che Juancito, éste no sabe

si tiene apellido!... Te pregunto si además del nombre de Wenceslao tenés algún otro.

— No tengo más.

— ¿Qué has nacido entre alguna zanja, vos? te llamás Wenceslao sólo? no te llamás como tu papá?
— á pesar que vos no tenés papá, vos tenés padre. Sos Wenceslao... ¿de qué?

— ¡Ah! ¿mi apelativo?

— ¡Eso es! pero no, no se dice apelativo, se dice apellido... ¿sabés? — la verdad es que como vos no sos decente...

— Me llamo Ben... Wencelaó, Wenceslao Ibaña.

— ¿Ibaña? Mirá, che... ¡Ibaña!
Como si Ibaña fuese apellido!

— Sí, Ibáñez.

— Y tu mamá ¿quién es? ¿tu mamá es ña Rafaela, ó esa otra mujer horrible que anda fumando y escupiendo?

Yo no sé si fué la tristeza quien le impidió contestar; dejó caer la cabeza sobre el pecho, y comenzó á trazar marcas en el suelo con su pie desnudo.

— ¿Y tu padre? ¿quién es tu padre?

— No tengo padre, mi padre no está aquí.

— ¿Dónde está, entonces?

— Está muerto.

Y pronunció aquellas palabras con voz ahogada. Por él llevaba al cuello ese trapo negro, que le había costado una semana de tra-

bajo rejuntando vellones en la esquila.

— ¿Ibáñez? Es verdad, ahora recuerdo; el viejo Ibáñez... ¡ya me acuerdo! el rengo, el rengo viejo, que murió de un golpe... que murió...

— Ahugau con la bebida.

— Sí, sí, ya supimos eso en Buenos-Aires. ¿Te acordás, Luciano, de que don Guillermo el mayordomo nos llevó la noticia junto con aquel cajón de charque?

— No me acuerdo.

— Sí te acordás.

— No me acuerdo, Teresa.

— ¡Mentira! mentís! mentiroso!

— Te digo que no me acuerdo.

— Y yo te digo que sí. ¿No te

acordás que te compró una pelota?

-- De la pelota sí me acuerdo, pero del charque no.

— ¡Zonzo!... ¡Ah! ya te conozco! ya te conozco! ya te conozco! continuó dirigiéndose al guacho y casi metiéndole los dedos por la cara; ¡ya te conozco! vos ibas siempre con él á pedir zapallos, á juntar maíz, á sobar guascas... Vos no te animabas á pasar del palenque... ¡flojo! flojo! mujereño! flojonazo! Luciano y yo te tirábamos con membrillos verdes y vos te escondías entre los caballos. ¡Oh! te conozco bien, y conozco... ¡Oh, sí! conozco á tu madre, tu madre es una sinvergüenza... que hace porquerías con ese gringo que está en el

Ombú Solo, y que anda siempre de jagüel en jagüel buscando ranas. Tu madre es una cochina, tu hermana... ¿sabés? tu hermana, la grandota, la pecosa, la viruelonga, la cuartuda, ¿sabés? la he visto en Buenos-Aires.

— ¿Cómo dice, Pelegrina?

— Peregrina, sí; la encontré en la plaza de Monserrat, y tuvo la... la... tuvo el atrevimiento, la muy sinvergüenza, de saludarme. Ya no está con...

— ¿Ya no está con el mensurero? ¿Ande está, niña? ¡hágame el favor!

— Ya no está con el agrimensor, la echaron, á la muy... la echaron á la calle, se ha hecho loca.

— ¡Loca, mi hermana! ¡oh, Señor y qué será de mí y de mis otros dos pobrecitos hermanos! ¿y ánde está, niña, encerrada?

— ¿Cómo encerrada? no te digo que la encontré en la plaza?... A pesar que vos no has de saber lo que es plaza... ¡qué has de saber vos!

— Gracias á Dios no inoro lo qu'es plaza, sé lo qu'es.

— ¿Plaza, vos? ¿á que no sabés lo que es plaza? vamos á ver: ¿qué cosa es plaza? pero ¿acaso has estado vos en Buenos-Aires?

— Es cierto que no he'stau en el pueblo, pero gracias á Dios, he'stau dos veces en Dolores.

— Comparar la plaza de Dolores con la plaza de Monserrat, es

lo mismo que comparar á tu familia con la mía, ó á ese carro con nuestra volanta, ó á tu ranchujo con nuestra estancia.

—Pero ¿y mi hermana, niña? y mi hermana?

—Oime: la ví á tu hermana... ¡iba más paqueta! con un olor á menta y franchipani, que se le sentía más lejos que de aquí, á donde estás vos.

—Pero ¿es cierto eso... que está loca?

—Yo no quiero decirte que está loca, lo que te digo es que es loca; no te digo que se haya vuelto loca, sino que se ha hecho loca y que dice papá que está en una casa de locas.

Aquello era muy cierto. Tres

semanas después de la muerte de su padre, sus dos hermanos menores fueron llevados no se adónde; como Bencelau tenía cinco vaquillonas y nueve testerillas recién entablados, su padrino quiso encargarse de él. Peregrina, la mayor de todos, que acababa de cumplir catorce años, quedó depositada en casa del juez de menores. A poco, un joven agrimensor, casado desde seis meses hacía con una vieja poderosa, la condujo á Buenos-Aires. ¿Qué pasó muy luego entre su hermana y él, ó en realidad de verdad entre él y su hermana? Jamás lo supo. Desde allí había rodado hasta dar en el último refugio, el refugio de las muchachas sin pan, sin

familia y sin esperanzas—la sociedad es previsora, donde no alcanza su caridad llega su orgía.



—¡Qué! ¿por qué te ponés triste? continuó la jovencita con su voz estridente. ¿Acaso te hace mella? ¿Acaso no estás acostumbrado? ¿Ó te figurás que sos decente? ¿Acaso la gente decente anda en pata? Vos sos un guaso... ¿sabés? un plebe, un chusma, chusmón, ¡chusma! chusma! chusma! guaso! gaucho!

—Yo no soy gaucho, porque noe robau á naides.

—No importa, sos un gaucho, un gaucho salvaje... ¿Ó es que

ahora te la vas á echar de pueblero? ó es que no te crees salvaje?

—Me parece que no soy, porque como me han echau el agua el bautismo...

—¡Qué bautismo! mentira! vos no tenés cruz en el mate, sos un infiel y... ¡ah! aquí te quiero ver, vamos á ver ahora, ahora sí que vamos á ver, decime: ¿sabés leer?

Él no contestó, dudó, iba á decir que sí; por fin un *no* amargo, muy amargo, le invadió de lo más hondo á los labios; pero un *no* grande, muy grande, tan grande que no pudo salir de entre su garganta añudada.

—¿Sabés leer? repitió la chi-

cuela con esa viveza ingénita á las educandas *bien*, mientras llevaba delicadamente á la boca tres ó cuatro pastillas y tirando á los pies de Benzelau el cartucho vacío. ¿No tenés lengua? Hablá. ¿Sabés leer? Chontal. Mirá, Juancito, el grandote éste no sabe leer. Yo sí, y éste también sabe, y éste, que no tiene más que seis años, sabe también. ¿No tenés vergüenza, sinvergüenza, de decir que no sabés leer?... Vamos á ver... ¿qué son caballitos de rueda? ¿qué son patines? ¿Á que nunca ni has probado, ni sabés lo que es chocolate?... ¿Y yemas de confitería? y bananas? y quesitos de Brie? Decime... ¿qué es teatro, caja de música y

animales de Palermo? ¿Qué es Recoleta, farol de gas, globitos? Pasta de almendra... ¿qué es? y dátiles? ¿Á que no hay ninguno de tu familia que sepa qué cosa es dátiles?... Nosotros traemos allí, en uno de los cajones de la volanta, unos alfajores riquísimos, que vos no sabés cómo son y que nos compró papá en la calle Buen Orden...

—No fué en Buen Orden, refutó Luciano, dándola en el codo; fué en la confitería de la calle de Salta.

—Es verdad, en la confitería de la calle de Salta. Mirá, acercate al coche y subite al estribo, y verás las cortinas... pero no vayas á tocar la puertã, porque la

vas á ensuciar. Verás las cortinas, que son de seda color marrón... ¡Y los cojines! blanditos... blanditos... muy blanditos. Vos te sentás en cabezas de vaca, y nosotros, no. Vos no sos igual á nosotros, no, no, no, no, por más que te rasqués no serás nunca igual á nosotros, nunca lo serás.

Bencelau contemplaba ese carruaje tan bonito, oía las palabras de la muchacha y callaba; les consideró como á seres superiores, con esa sensación sepulcral y congojosa que infunden las imágenes guardadas en sus nichos por la superstición cristiana; un intuitivo impulso le indicaba que aquello era sagrado y

que él era un tributo obligado de su raza, su ignorancia, de su orfandad y de su miseria.

En aquellos instantes echó de ver Luciano el zapatito de azabache que Bencelau había estado manoscando toda la mañana y que colocó sobre el cubo del chirrión, entre los rayos, en cuanto se escondió al divisarles. El chiquilín salvó en uno los tres pasos que lo separaban y abalanzándose á la cajita la apañuscó, mencó, y abriéndola:

—¿ Qué botincito es éste ? dijo.
¿ Para qué sirve ?

— Una cajita e fósforos, es un zapatito de azabache que me trujo mi padre.

—¿ Me lo das ? Mirá, si me lo

das, yo te voy á dar esta navaja... es macanuda, yo se la... papá, papá me la compró. Vale mucha plata, mucha, vale lo menos... vale mucho, muchísima plata. Cambiemos, ¿ querés ? Tiene tirabuzón.

Y el muchacho sacó de su bolsillo una navaja que, después de abierta, marcaba un palmo, de buena hoja de Roger, encachada en marfil y con su cruz de acero formando empuñadura; hacía crujir sus tres muelles al abrirla.

Bencelau tenía en la cintura una cuchilla que cortaba un pelo en el aire, pero aquello no llenaba sus aspiraciones; desde mucho atrás se moría por un corta-

plumas. Hubiera dado á cambio cuanto poseía, el tirador de mostacilla, su freno con copas, la camiseta garibaldina, todo, hasta ese potrillo yaguané que tenía que llamar de la rienda, al levantarse, para no pisotearla, la avestruza de sus huevos encrespada al sajarla de un viaje con sus bolas.

—¿Me lo das? repuso Luciano.
Mi navajita... ¿Cambiamos?

—Yo se la regalaría, pero...

—¿Pero qué?

—Pero como me la dió mi padre...

—¿Y qué tenemos con que te la haya dado tu padre? interpeló la niña con su altivo tono. ¿Qué hay con eso? ..

—Como no me queda otra prenda dél...

—¿Qué ? seguí.

—No puedo separarme d'ella.

—¿De modo que, á pesar de todo lo que vas ganando, no te animás á hacer el cambio ?

—No.

— ¿No ? pues no tendrás el zapatito... ni la navaja tampoco. Che, no le devolvás el zapatito, guardalo. ¿No quiere hacer el cambio? ¡pues que se embrome ! se quedará sin el pan y sin la torta.

Luciano trató de echarse la fosforera al bolsillo. Dió Bence-lau dos pasos rápidos con la vista extraviada; gaucha sed de exterminio tintineó en sus oídos. amartilló sus siens. le ofuscó cor

sangrientas ñiblinas espolcándole con su arrebatado sobrealiento, y maquinalmente, sin saber lo que hacía, llevó la mano á la cintura. El chicuelo, sin quitarle el ojo, estiró su brazo atrás arrojando á los pies de su hermana la reliquia. Teresa la recogió diciendo :

—Que venga á quitármelo á mí si se atreve.

Bencelau era vigoroso y suelto como un gato, no temía sino á los cuartos oscuros y á esas luces que veía vagar junto al rodeo en las noches humedecidas del otoño; del primer apretón desenclavijó el objeto codiciado. Escupióle la jovencita cien injurias á la cara; el más pequeño

se puso á chillar. Tomás Celaya, el padrino, apareció agachando su alta estatura por el buraco que servía de puerta á la cocina. Venía en alpargata, con el pantalón entre la media y atado un pañuelo en la cabeza. Llevaba el culero de través y empaquetaba entre sus negros dedazos un enorme cachimbo que había estado picando.

— ¿Qué heso? preguntó: qu'es loqui hay? lua mordido un perro á alguno? ha cortau algún caballo?

— El zapatito... dijo Teresa.

— La cajita... murmujeó Luciano.

— ¿Zapatito? ¿cajita? ¿Qué cajita, qué zapatito es ese?

— Un zapatito que este chino,

este mulato me ha arrebatado de las manos.

—¿Un zapatito, vos? Daseló.

—¡Oh! ¿Vd. quiere que dé lo qu'es mío? ¡Si es mío! si *alli* me lo ha querido quitar.

Y al decir *alli*, lo dijo estirando el pescuezo, y encañutando los labios señaló para ella.

—Daseló.

—¡Si no es d'ella!

—¡Daseló!

—¡Si es mío, señor!

—¡Daseló, te digo!

—¡Pero, señor!

— ¡Te digo que se lo dés, ó te hago cantar de un chaguarazo!

Y esto diciendo se abajó y alzó una vara de duraznillo que agitó silbando en el aire. . .

— ¡Mire lo que va'acer, don Celaya, esa foforera me la trujo mi padre!

— ¡Mentís como un chanchó!

— ¡No sé mentir! Vd. es quien miente! gritó sin poder contener aquel arranque, que como un tiro escapaba de su alma.

— ¡Ahijuna gran...! exclamó con esa voz de mujer, que distingue á los hijos de la Pampa, y que se impone más que la de los sochantres de ultramar. ¡Bien haiga sea la madre que te tirué las patas! prosiguió templándose; luego con el pretexto de estirarse una media se inclinó y acercando su cabeza contradijo en voz baja:

— Ya sé que no sabés mentir, hino. va sé. pero... dales la caiita.

El hombre nua e ser puerco, amigo. Amigo, el animal flaco, si no se arrima á las casas, se amuela, ¿oye, amigo?... ¿No ves que me van á dar una majada al terció? Y ya sabés lo que dice el viejo Vizcacha:

Hacete amigo del juez,
No le dés de qué quejarse;
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palcnque andar á rascarse.

Dales la cajita, que luego, lo que vaya á la esquina e la Chumbiada te via comprar una libra e queso. Ma ver, daselá, sino querés que tihaga relinchar de un lambriazo. . .

El sayón, seguido de los niños, se apartó y entró á la sala.

Luciano se llevaba el zapatito.

El ahijado de su padrino dejóse caer al pie del carro, en cuclillas, con los codos sobre los muslos y la cara en las manos.

El Barbucho le miraba, agitando la cola.

Yo no sé qué amargor, qué desconsuelo, yo no sé qué agonía, Dios mío, teniale agarrado el seno, la garganta y parecía subirle á las mejillas, á los párpados... Un fuego frío que amagaba liquidarle todo. Á veces su respiración se aceleraba, y cuando le ocurría de su padre muerto, de su madre perdida, de sus hermanos profanados, dispersos y

malditos, algo amargo... ¿Qué ideas pudo engendrarle esa divina esencia, madre de la memoria, señora de la voluntad, y del entendimiento luminosa consejera? ¿Ó fué el sordo gusano con su paciente laminar del cerebro? ¿Ó el semillero de deseos, el misterioso laborador de ambiciones, el fermento del crimen, la fragua de la pasión con su caldeada bigornia y en donde no hay un rincón para albergue del alma?... La huerta estaba en buen tempero, exhalando hasta él los efluvios de sus fragantes frutas; mezclábase el chamico y la viznaga en el añojal reseco y próximo, convecino al corral, que parecía una sierrita, una ce-

bruna media esfera; erguíanse las tacuaritas temerosas al rumor de los sauces, y ñacurutú espía-
ba diligente al croar de sus crías; de entre las fendas, las hizocas llevaban á sus palpitantes larvas la bermeja lechiguana de los mangangases, que hormigueaban en torno á los cónicos almiares; los prados borregueros pintorreábanse ya de sus botones de oro, y el baboso señuelo, de carcomida cornamenta, escarbaba bramando por los ardidos guaicos: alertos los cimarrones iban arreando á la novilla tarda, sangrienta y apernada, y ante su agria jauría sepultábase el piche, ahondando sus cóncavos vivares; mateaba la zorra los chingolos volantoncs, y

el ñandú y el venado husmeaban en rebuscos de la tierra salobre; un bagualón en vena, perquiriendo á las yeguas, con las cerdas al aire, con relinchar nervioso, inquieto y largo, corría por los tendidos campos de altamisa, coronaba al gran trote los albardones empinados y se hundía en la región del jünco y de las altas pajabras. Las nubes venían y venían; una muy grande sombra encapotaba el Sur. Millares de flamencos, mirasoles, pasaban y pasaban en inmensas espiras. Becacinas á bandada, ó por mejor decir en remolino, iban girando, nortcando, gambeteando en revuelo con murmullo gritoncito. Hacia allá, directo á Peñaflor, una fila de

patos de la sierra cortaba muy arriba; seguían con los remos recogidos, estirando el pescuezo y el aleteo recto, zumbador y pesado. La hacienda rebullía. El viento verberó á remesones; tiritó á su capricho en los verdes pastizales, rebatiendo la piña de los marchitos cardos borriqueños. Arreció con violencia. Muy luego comenzó á calmarse.



El perro le miraba y sacudía la cola.

—¡Bencclau! llamó el padrino desde puertas adentro; ¡che Bencclau! hup! ñor Bencclau!

Y el gigantón asomó medio

cuerpo, tocando casi el alero con la cabeza.

Bencelau anduvo en dos trancos los veinticinco ó treinta que de anchura el patio tenía.

Celaya mostraba gran contento. El muchacho tembló. Cada vez que vendía los cueros, ganaba una carrera, hacía una buena señalada ó cosechaba de veinte hanegas arriba, le daba por prender cohetes y mandarle cantar. Cierto es también que cuando no llovía ó le atacaba á las ovejas, saguaipé, ni el mismo santo Job que le soportara. En aquella sazón pegábasele como la desgracia al pobre, su prurito de jeringar á todo el mundo, de pagar por cifra y macanear en roman-

ce. La madre de Terèsa acababa de ofrecerle una majada que al venir del día siguiente debería traer de Vichahuel. Aquello le tenía, como digo, atarugado de satisfacción y no tardó en darle pruebas de ello.

—Dentrá, Bencelau, le dijo; la señora doña Abdona quiere oírte cantar. Dentrá, dale las güenas tardes. El hombre nua e ser puerco. Dentrá y sentate, y cantale la décima e Getrudis. Ma ver... cantala con floreo.

La sala-dormitorio del padrino de su ahijado era un cuartujo largo, atestado de trebejos y otras cosas; tenía la condición contraria á la que él exigía del hombre, y Cclava hubiera ganado mucho

en mi concepto, adoptando, en vez de aquel, este lema: “el cuarto ha de ser limpio”. No encerraba otros muebles que una gran marquesa baldaquina, tres sillas de junco, dos inmensos cofres encorados y un anchísimo catre de piel de vaca en que dormían sus tres hijas casaderas. Las dos efigies de Pío IX y Garibaldi estaban clavadas con tachuelas en la pared. Suspensos de una estaquilla, en el ángulo diestro, un sombrero con barbijo, un poncho pampa y unas riendas de domar; junto al lecho, un facón de tres cuartas, de cabo de plata y vaina de suela. Sobre una como rinconera de cañas quinchadas, entreyacía á la guitarra uña Virgen de

los Dolores, unas medias usadas, un espejuelo, un pan de picos, un frasco de ginebra y un ejemplar del *Bertoldo*. Á su lado, una cola rosilla de ternera con su peine ordinariote de guampa.

Cuando el muchacho entró, Matilde, la sirvientita, tímida y constipada, permanecía hecha un ovillo en el suelo, junto á su ama doña Abdona, mientras que los tres niños, registrando los enseres de la pajiza casa, ponianlo todo patas arriba. La chirucita aquella, bonita y muy graciosa, contaba poco más ó menos la edad de Teresa, aunque no aparentase tanto, por la costumbre de cortarle al rape sus hermosos

cabellos, tan distintos de los rebeldes tufos de Teresa. Matilde había sido bautizada por doña Abdona, con el apodo de Matea, porque decía que á la chamuchina no le caían bien los nombres bonitos. Esta muchacha, nacida en un rancho y mártir por de contado cual todos los huérfanos sin dote que se crían en mi tierra; cuando se acomodó con su flamante señora quedó agradablemente sorprendida de su magnificencia. Pero aquel boato no era sino la ostentación, ese barniz, esa bambolla que enmascara siempre al *improvisado*, más claro: á toda nuestra ricacha clase media y á una gran parte de la llamada aristocracia. Aunque pequeña,

observaba, como todas las personas que han sufrido. Reparó en que si bien el frontispicio de la casa lucía más firulctes que un prestidigitador japonés, pinturones en el vestíbulo, dorados en el salón y el cristalero del ante-comedor transparentaba muchos juegos incompletos de lozas finas, servíase en la mesa pan tasado, bebíase el café con olor á zorrino, eran mellados los tenedores y los peines, lavábanse en el balde los muchachos y apenas se contaban tres toallas en la casa, y sin embargo de esto, hasta en el lugar pululaban canastillos de la China. En su estación hacían uso de la verdolaga con muy poca congruencia y condimentábase la

lengua e vaca de diez maneras diferentes. Las servilletas estaban de reserva para cuando tenían invitados, en que se derrochaba de un modo escandaloso. Había más. Al hijo mayor, que ya iba á bailes y le gustaba el frac, le sorprendió una tarde remendando un calzoncillo de los dos que tenía. En una palabra, sus patrones le parecieron tan pampas como los pampas que conoció en Tapalqué. Al cuarto día de su llegada, y como sirviera la mesa, doña Abdona, que ostentaba el cogote y los modales de un empleado de Gobierno, la dijo: “Muchacha, lo que es hoy tendrás que quedarte sin comer, ó por lo menos no tomarás sino

caldoy fariña, porque la carne de hoyes carne güena; podés freir un poco de maíz, si querés". La chica quedó como quien ve visiones. Reparó efectivamente que siempre que el carnicero traía carne güena, ella se quedaba (sin intención de burlarse, por cierto) haciendo la burla el Paraguay; como la sorprendieran rezongando en la cocina, hiciéronla llamar para decirle: "¿Te figurás que las guarangas como vos han de alimentarse como la gente cheic, como la gente comelísó? Te gustan los potajes ¿ch? ¿Qué te figurás, que á la gentuza como vos hay que andarles haciendo el randivú? ¿Qué te crees, che? ¿Qué diferencia habría, entonces, entre unos

y otros? Cuando venga carne mala podrás atracarte hasta el gañote, cuando venga carne güena no comerás, porque eso sería soplar y hacer botellas y mirarle las patas á la sota." Doña Abдона, por lo visto, también gustaba de macanear en romance. La chiquilina, pues, pedía á Nuestra Señora de los Afligidos que no hubiera en la vida carne güena; que tuviésemos siempre un temporal de seca y que las vacas no engordaran nunca, porque de ese modo jamás habría carne güena y entonces ella podría comer.

En el fondo del cuarto unas cuantas personas arrojaban una palada de brasas con que habían improvisado un fogarín, porque

la cocina quedaba muy lejos y el mate se enfriaba al acarrearlo. Rafaela, la mujer de Celaya, vestida de entrefino, andaba de un lado á otro y no sabía qué hacer para el halago de sus honrados huéspedes. Les ofrecía substancia de arroz, suero, sandía, quesillo, tortas fritas y té, y zapallo asado. Con delicadeza suma enjugaba y cebaba de hierba el cimarrón porongo, adicionado de café, cachitos de limón, de otros fragantes yuyitos caseros y cien y cien ingredientes de la huerta. Sus tres hijas, vistosas como estampas, con sus tres pies de talle, y la boca torcida y los ojos bizcos de la vergüenza, permanecían rígidas, silenciosas y enfiladas. Á

las veces tan sólo, cuando les dirigían la palabra ó buscaban con una ojeada su aquiescencia, en apoyo de tal ó cual reflexión, un tanto aventurada, afirmaban á trío con una inclinación desgarrada y mecánica, ó murmuraban los consabidos *sise*, ¡vea V.! ya lo creo! *esué*, ¿pues no? *asié*, ¡ah, ah! Lejos, lejos, Agapita escupía y fumaba. Estaban de espaldas á la puerta y sentados en el suelo, Demensio y el Agarrador de las ovejas. Este último, cuyo nombre ignoraron siempre, paraba allí desde el mes anterior en que se le dió la agarrada de las borregas. Era hombre taciturno y cauteloso; no le vieron mudarse una sola vez durante los ocho ó

nueve meses en que le hicieron el plato; parecía northero, por lo chafalote, maturrango y empretinado; una cicatriz espantosa, partiendo de su frente calva, le dividía en dos la nariz é iba á perderse entre su barbaza porruda y cenicienta; era petizo, chueco, hediondo y amigo de solazarse en la majada. Demensio (un hastialón de edad dudosa y que manifestaba horror á las mujeres por haberlas querido antes demasiado) tenía la cara acaballada y lampiña, ronco el hablar, los labios insolentes y sensuales y los ojos amortecidos. Comía como un sabañón y era incansable para los huevos de tero y de chimango. Su astucia, su maña, no eran las


de un hombre sino las de una comadreja ; tenía salidas que confundían por la profundidad y el alcance de su instinto y respuestas de verdadero cretino. Podía atribuírsele un sexto sentido que le campaba y endilgaba en esas noches sin viento, sin estrellas, que inmutan al hombre más templado, que azoran hasta los mismos animales y en que cercan al ginete sombras tan espesas, como si la *nada* se le viniera encima hasta tocarle en las orejas del caballo. Nadie como él para dar con el balde de cuajada oculto por Rafaela, para sacar el quirquincho vivo, de la cola, para encontrar las últimas sandías que enterraba Celaya sin'arrancarlas

de la planta y para ponerse al acecho del animal rondador y dañino, que despistaba al mismo Barbucho. Por lo demás, el perro le aborrecía casi tanto como su dueño. Demensio, aquella tarde, acababa de yantarse un huevo de avestruz relleno de grasa y cebolla picada, que había ido revolviendo, al rescoldo, con un palito, hasta que se puso compacto. Veíanse á su lado aquellas tibias de potro con que rompía el timpano tocando formación desde la mañana hasta la noche, pues en oliscar, tragar y... chichonear se pasaba la vida.

Todos estos personajes, aún más, dormían criolla y comúnmente en la misma habitación y

sobre cueros de carnero, menos el Agarrador, á quien su olor de alimaña desterraba á la cocina para tender su cantor recadito...

Cuando los dos muchachos se hubieron cansado de escupir al pozo, chumbar á los perros, cascotear las gallinas, deshacer la pila de leña y desbaratar el horno; cuando su hermanita efectuó cumplido protocolo de toda la masada, ambos á dos entraron á la alcoba gritando, comiendo, moqueando, pisoteando á todo el mundo y tratándose mutuamente de "chino, mulato, piojoso, burro y guarango". Luciano volvía estercolado hasta las narices y con las manos ensangrentadas por haber muerto á pálos un cor-



derito abandonado en el corral que se le acercó á mamarle. Juan, el nenito, el Benjamín de aquella simpática camada, sin sombrero y con la camisa defuera, se presentó con un cachorro, al que traía enlazado con un cinchón, con tamaña lengua y casi arras-trando. Sólo Teresa regresaba limpita y moderada, cual convenía á una señorita distinguida.

Doña Abdona, que era una piruja de años, morena, retacona, cejijunta y bigotuda, sacudió un buen pellizco á cada uno de los chicuelos, contempló de un modo furibundo á la pobre Matea, que seguía tosiendo; y luego, con la mira de deslumbrar á todos, que la escuchaban como al credo, or-

denó á Tercesita recitara su última lección de anatomía. Después que la niña hubo explicado lo que eran falanje, vísceras y médula espinal, y para qué servía el quimo, la digestión y secreción, se puso á declamar unos versos que nadie entendió. Seguidamente doña Abdoná habló así :

—Hijita, deberías decirnos algo en francés.

Advirtiéndolo entonces en la estampa de Pío Nono, que, según su infalible costumbre, sonreía como hombre que está seguro de su gaveta, de su estómago y de su cocinero :

— Dinos ésto en francés (añadió): *¿ cómo el Papa se encuentra en tan miserable rancho?* Tradu-

cilo al pie de la litera, como dice la maestra.

Teresita reflexionó un breve rato mirando para el techo y respondió, abriendo mucho las *ce*:

—Je mange le Pomme de terre qui se trouve dans une si misérable chambre.



Un golpe de tos cortó la respiración de la sirvientita, que se puso violácea; doña Abdona la miró de reojo prorrumpiendo:

—¿Para qué hacés tanto ruido?
¿no ves que me estás...?

—Señora, es que...

—No te alterés.

—Yo...

—No te alterés.

—Estaba... si estaba cuasi...

—Casi, se dice, ¡rústica!

—Yo estaba...

—No te alterés y dejame concluir. ¿No ves que me estás repiqueteando en las orejas con esa tos seca?

—Pero, señora, que... si yo... no lo hago de gusto... contestó la pobre muchacha, haciendo infinitos esfuerzos para acallar aquel demonio que le mordía el seno.

—De gusto lo hacés, y sino, decime: ¿arrojás algo... te sale algo cada vez que tosés?

—No, señora, nada.

—¿No ves? ¡lo que yo te digo!... ¿á qué toser, entonces, y romperme el forro, si no has de escupir

nada? ¿Qué sacás?... decime ¿qué conseguís con toser y con tanto ruido ?

— Si no pue... no puedo, señora...

— Estás fingiendo.

— No, señora, no... me estoy... ahogando...

— Contené el aliento y no te ahogará. Cuando se quiere, todo se puede. ¡Qué baquía tienen ustedes para el fingimiento! ¡Pero, hombre, yo les envidio esa habilidad de fingir que tienen!

— Señora... misiá Abdonita...

— Ya te he dicho que nunca me digás misiá... ya te he dicho que la urbanidad está toda en no hacer ruido al mascar y en no tratar de misiá á nadie. . porque

eso sería igualarte. ¡Eh! ¿me oís? Cuidadito con toser más, ó sino. .

Doña Abdona tenía razón al decir que la tos podía contenerse, pues, en efecto, aun cuando todos vieran agitarse varias veces el cuerpo de la paisanita y estremecer sus labios, no llegó hasta ellos ni un suspiro. Creyeron que rezaba...

— Che Demensio, balbucó el Agarrador de las ovejas, de modo que sus palabras no fuesen oídas sino de aquel á quien las dirigía; — che Demensio (añadió á tiempo en que encendía un pucho que sacó de atrás de la oreja) ¿no dicen que bolas tenés á Agapita?

Y esto dicho, escupióse la mano y con un ademán obscuro asomó

la lengua bajo su revuelto bigote.

A ese inocente buscapié, Demensio respondió con este otro:

—Basiés, tenés rajón... Oiga, ¿quiere decirme qué andaba haciendo esta mañana en el corral?

—¡Agarrando carne, pues!

—¡Sí! ¡no te digo que sí!... bonita carne! *¡Supa y guachasca guaranga, sájara!*

Y agitando y golpeando sus canillas soltó su ronca carcajada, después de haber hecho un corte de manga y una pedorreta.

-- ¿Qué quiere decir con eso? interrogó doña Abdona á Rafaela, recibiendo el mate que á boca de costal ésta le alcanzaba. ¿Qué significa esa jeringoza? ¿eso será en pampa? ¿es pampa ese hombre?

—No, scñora, ¡si es Demensio! Pero... ayer pasaron puaquí una punta e paisanos y se pusieron hablar en la lengua. A este abombau se le han pegau tanto esas palabras, que no deja e trair-las á colacion, vengan ó no vengan al cuento. Cuando le da por ahí no hay más remedio que dejarlo. ¡Si es un coloquio! Ya habrá conocido que es medio, medio alocotonau.

El Agarrador se ajustó sus graciosas botas de vaca con los trenzados de media que le servían de ligas, y atravesándose el puñal con que había estado hurgoneando el fuego dijo:

—Che guatana, ¿has soltau tu caballo?

— No, ¿por qué? replicó el orate estirando los labios y limpiándolos con el cuchillo de su amarilla bocera.

— Pa que me lo emprestés.

— ¿Cuándo?

— Hara.

— ¿Pande va?

— A trair mi entrepelau. ¿Has salido al camp'hoy?

— Al aclarar. Salí con Ben-cclau.

— ¿No luas visto?

— ¿Cómo no lue ver si salí con él?

— Hablue mi caballo.

— ¡Oh! de juramente, poh! cho to lo creo que lo vide!

— Bueno, dejate e compadriar v contestá. Luas visto. ¿si ó no?

— Sí, andaba comiendo con la petiza e Bencelau... con la madrina... pero el barroso toruno, que anda encelau, lo corría. ¡Qué golpe se pegó!

— ¡Mi caballo?

— No, Bencelau; se le dió vuelta el maceta en una vizcachera.

— ¿Y mi caballo?

— Comiendo, contrita á la loma e Lajarilla.

— ¿Solo?

— Solito.

— Se conoce que va rumbiando pa la querencia; ayer andaba con los mancarrones del francés Mansebur.

— ¿El comilón de sapos? ¡Pucha quia engordau!

—¿ Quién ? mi caballo ?

—No, hombre, el francés, Panzaeburro.

—Pa lo que me importa á mi del francés... Máh pijotero...

—Conmigo no, él me dió este chaleco y estos calzoncillos, y me convida siempre con coñaque. Anda manco...

—¿ Mi caballo ?

—¿ Pero quién le habla e su caballo ? ¡Pucha que friega V. con el matau ese!

—¿ Matau ? ¿ querés correr ?... ¡Matau! Un caballo á quien naidelua hecho castigar tuavía y que sólo le falta el habla... ¡Matau!... Si no fueras medio tocame el triunfo... ¡Matau! Si no fueras loco. vo te había enseñar...

—Ya me lo suporongo.

— ¡Yo te enseñar!

—¿A mí ? me olés.

—Con éste.

La presencia de Celaya, que entraba, los aquietó: el sátiro había empezado á retobarse y Demensio empuñaba sus caracuses mostrando sus blancos dientes con una risa terrible. El mostrenco salió, y Demensio, que se había puesto de pie, tornó á sentarse escupiendo al fuego y gruñendo:

—¿Querías hacer conmigo lo qu'hicistes con el finau Ralares y prenderme de callau ? Sí, ¡pucha que yo t'iba á dar tiempo! En cuanto te me hubieses encogido, te ponía patas parriba de un güesazo...

— ¿Ya cantastes, Bencelau? preguntó el palabrimujer á su ahijado.

Éste le contestó meneando la cabeza.

Encaminóse el protector hasta la repisa y bajó la vihuela, que puso en manos del muchacho.

El instrumento estaba templado por guitarra; mientras el guacho subía la tercera, bajaba el bordón hasta acordarlo con la cuarta, é igualaba la quinta con la segunda, Agapita se acercó; doña Abdoná, y pestañeando seguidito, lo que en ella era signo de vivísima emoción, la dijo:

— Señora...

todo el fruncimiento de una rica-hembra doña Abdona.

—Me ha dicho su cochero que usted... ¿me comprende? que usted necesita una cocinera.

—Es cierto. ¿Quién es la que...?

—Yo.

—¿De dónde sos?

—De las sierras de Pillahuincó.

—¿Hace mucho que andás por aquí?

—Dos años.

—¿Adónde has estado trabajando?

—En lo el francés Seguro.

—¿Cómo te llamás?

—Agapita.

—¿Agapita? ¿Sos chiquita?

—No, señora, soy casada y...

¿ me comprende ? casada por la iglesia, casada, y con cuatro hijos.

—Pues entonces, ¿ cómo diablos te llamás Agapita ? Ese nombre no te viene bien. Si fueras bonita... ¡pase! pero con semejante nariz... y ese color de cedro... y esas manoplas... y ese olor á tabaco...

—Bueno, señora, llamemé como... ¿ me comprende ? llamemé como le dé la gana, pero déme trabajo, por favor, que tengo que pagar una cuentita... estoy muy empeñada en la Chumbiada... m'están cobrando y yo no tengo cara... ¿ me comprende ?

—Sí, Agapa, te comprendo, pero... ¡che! che! ¿ qué es eso ?

qué está haciendo ese hombre ?
¿ está por degollarse ?

Demensio, sentado como estaba, había doblado la cabeza y por entre el cuello de su camisa se introducía su largo cuchillo con el cual se frotaba las espaldas.

— ¡Demensio! pero, ¡Demensio! exclamó Celaya. ¿ Qu'estás haciendo, animal? ¿ no ves que hay gente ?

— ¿ Qu'estoy haciendo ? rascandomé, replicó tranquilamente aquél. Si me pican las paletas ¿ por qué no mé rascar? ¿ Acaso los puebleros no se rascan ? Tengo tuito el espinazo lleno e granitos y por eso me rasco.

— ¿ Por qué no vas á rascarte al patio ?

—¿ En qué parte, si dende que V. hachó el sauce viejo no mé podido refregar á mi gusto? / *Su-
pa y guachasca guaranga, sája-
ra!* añadió con una carcajada.

— Güeno, dejate e palanganian y andá... el hombre nua e ser puerco... Andá, ayudale al coche-ro á atar los caballos á la volanta. Decile que ese ladero... el panga-ré, está pasmau; que lo deje, que yo lo llevaré mañana, cuando va-ya á buscar las ovejas, y quiate en su lugar ese zaino overo que está'estaca... ¡ah! che, che, che gallinares, decile que si necesita una cuarta, que avise.

Demensio se encasquetó hasta las cejas su capacho y salió nal-gueando.

Antes de alejarse le oyeron su sonora risa y su voz ronca que cloqueaba:

— ¡Sájara! sájara con guaranga! guaranga con guachascal y sájara, guaranga y guachasca con sufa, tuito junto!

— Pues te llevo á casa, continuó doña Abdoná; aprontá tus cacharpas. ¿Tenés mucha ropa?

— No, señora, un baulito.

— Pues cargalo en la volanta, que vamos á salir ahorita mismo. Pero... esperate, atendeme, atendeme un poquito: supongo que tus hijos no vendrán con vos, porque entonces no hay nada de lo dicho.

— No, señora, tres están de mensuales en La's Negras, y el

otro, Calistro, es puestero de Hinojales.

—Y tu marido, ¿qué se ha hecho?

—Está en la cárcel de Dolores.

—¿Por robo?

—No, señora, por la muerte de Holguín.

—¡Ah! ¿vos sos la mujer de Pedro Ramallo?

—Pa servirla.

—Ma ver, Bencelau, si nos cantás la décima e Getrudis, dijo Tomás Celaya, en cuanto Agapita se hubo marchado á liar sus bártulos; ma ver, principiá.

Después de puntcar roncamente las breves primeras preguntas, el guacho pulsó uno de aquellos bordoneados estilos donde no se

sabe qué admirar más, si su melancolía honda ó la inspirada sencillez de su cadencia. Con voz quejumbrosa y contenida cantó las primeras estrofas:

Getrudis, por tu intención
M'esiges, querida mia,

Hizo una pausa, acompañándose con la guitarra. En aquel punto escuchóse la voz ronca de Demensio que, como un coro terriblemente grotesco, venía del exterior:

—*¡Supa y guachasca guaranga, sájaral*

En seguida su estruendosa carcajada.

Bencelau continuó con los dos versos siguientes:

De que te quite la vida
Al conocer tu traición

Volvióse á sentir la voz de Demensio, que gritaba como un aullido.

—¡Sájara! sájara! sájara!

Entonces toda su desolación presente, su porvenir incierto, su pasado miserable, asaltó como una acerba ola al muchachito. Se detuvo, callando. Un nosequé, ansias de luz, Señor, de luz no, de sombra, de tristeza, de lágrimas, le mordieron el seno. Su padre, su madre, sus hermanos... No sabía rezar, no podía llorar, no podía ya más. Dejó caer el instrumento, que rodó de su rodilla al suelo.

—¿Qué te ha dau? preguntó Celaya. ¿Ahura tirás la guitarra? ¡La gran flauta que sos puerco! ¿por qué no le plantás el pie encima pa romperla de una vez? Ma ver, tomala y seguí, que el hombre...

- Vamos, no seás hereje, Tomás, dejá á ese pobre muchacho, dijo Rafaela, con esa perspicacia del corazón, que da tan buenos frutos como el genio, cuando su hortelano se esmera en cultivarla. — No deja e ser ancheta, también, hacerlo cantar deque ayer mesmito se cumplieron tres meses que murió su padre.

—Pues si no puede cantar podrá bailar.

Y se puso á rasguear un malmambo añudando:

—Ma ver, mové esas tabas y cepillate un par de mudanzas.

—¡Si está descalzo, Tomás!

—Bico duros tiene los talones. Ma ver, ñor Bencelau, menée esas patas, que de cría le viene... ¡Ahurra pues!



Cinco minutos adelante, cuando el coche de doña Abдона parecía un punto negro sobre esa lista verde que machihembraba con el cielo, Celaya gritó desde el corredor:

—¡Hep! ñor Bencelau! hup! ¿qu'estás haciendo ahí. asina. de abri-

boca?... ¡güen capataz lindo! No servís... ¿Qu'estás haciendo ahí? Ponele los cueros al malacara bichoco y... ¡á baldiar! Dende sol alto están las yeguas manotiano las bebidas.. pero má hantes hacete una boliadoras de carne y correte la manada e Panseguro... ¡Gringo más rebelde, más sobón, más...! El hombre...

El sol ardía; el guacho andaba al trote ¡dale que dale! con el balde; encendióle la fiebre y el pururú chorreaba de sudor por los costados. Para refrescarse descendió hasta la represa y arrancó unas hojas de hachira con que se rodeó la frente. Al declinar del Sol tenía su jagüel medio vacío; llenó el depósi-

to y los cajones quedaron rebo-
sando. Las vacadas, que acudie-
ron en liorna, calientes de la sed,
se cortaron por distintos sende-
ros, y desde allí, por esas navas,
empampándose...

El carruaje en que marcharan
los niños había concluido por
perderse á la distancia con rumbo
á Peñafior, que se mostraba, cual
densa nubecita, como un lunar
de unión entre el llano profundo,
inmensurable, y lo azul de allá
arriba. Á la izquierda quedaba
el Ombú Solo y la tapera el Ge-
neral (1), á sus espaldas, preñado
de misterio, el monte tupido de
Las Negras. y al Naciente, en

lontananza, se extendía él sahara de Anchorena.

Su perro le miraba agitando la cola.

Se apoyó contra el cerco, perdiendo sus miradas en el Sol, que sumergía con prisma de vapores circundado. Por la derecha caía el Agarrador con la majada entre una nube de polvo. Era en el mes de marzo; la parición de estío terminaba: los corderos de un mes venían retozando; saludaban la vida el hijo con la madre, el padre y los hermanos, con sus acentos broncos, remisos y cansados. El guacho estaba solo. El Sol, por fin, se hundió. Infinita tristeza supuró todo aquel mar, aquella inmensidad, todo aquello

hondo. Era el Sér Imantado suspirando en la sombra. Se aprestaba á dormir y se cubría de caótico ponchazo, como anticipada imagen de su clemencia, de la insensibilidad comatosa que nos reserva. Recordóse altamente ensimismado. Le embargó la naturaleza con su muerte transitoria.

En aquel mismo punto sintió un objeto suave, humedecido y cálido que lo acariciaba.

Era el perro, que le lamía las manos.

Entonces fué cuando se puso á sollozar.

Buenos-Aires y Octubre de 1894.

